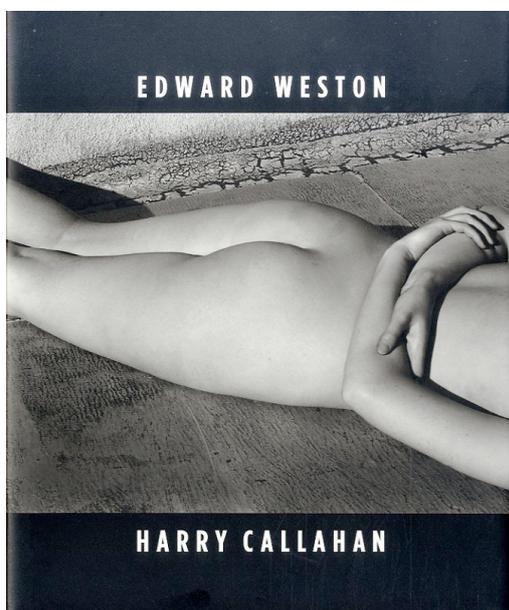


***Edward Weston & Harry Callahan* (prólogo de Laura González Flores) (2013). Madrid: La Fábrica, 129 pp.**



Descubrimos un rincón bello con la misma inocencia que nos acercamos al desnudo, o imaginamos lo erótico como nuestro rincón de la excelencia: tímidos, inseguros e intranquilos; pero bello. La mirada de un fotógrafo hacia el erotismo es innata, conforme a su ser. Como es también la búsqueda de la belleza para captarla en ese instante del cual se tomó tiempo en imaginar.

El desnudo está dentro del bloque que conforman los pilares de la fotografía, estilos “primitivos” que han evolucionado con la técnica y las tendencias. El desnudo ha estado en vanguardia en todas las generaciones de nuevos artistas. Pocos fotógrafos deben existir que no hayan querido realizar una serie de desnudos. En la imaginación sin límites nace la idea inspirada en nuestros amores, en nuestros deseos. Los fotógrafos más arrojados no se acercaron a lo más íntimo sino a lo más superficial. La timidez emana del amor que está más allá del placer, por aquí pasa la desnudez de estos autores.

El desnudo, con todos sus estilos, ha demostrado que su fin es mostrar la belleza del cuerpo y de sus formas infinitas. No importa la edad, el color o el sexo; la intención en la mirada del fotógrafo marcará la diferencia de convertir una imagen bella de desnudo en una fotografía desagradable. El fotógrafo debe transmitir seguridad y profesionalidad para este tipo de retratos. Las modelos que retratan nuestros autores no son profesionales y eso hace que las poses resulten más íntimas y más cercanas. La observación diaria y cercana sobre ellas obliga al autor a buscar la manera de reflejar lo que ve, y así mostrar al

espectador la imagen a interpretar y a entender; difícil y mágico. Y no es sólo la obsesión masculina por el desnudo femenino, que está. Hay imágenes de desnudos pertenecientes a miembros familiares que muestran el amor por ellos y por su desnudez. Formas y afectos.

Qué tienen que decir estos dos fotógrafos que La Fábrica junto a la Fundación Banco Santander casan en este libro. Todo, Edward Weston y Harry Callahan muestran unas magníficas imágenes de detalles íntimos y formas naturales. Diseñadas por el azar y la observación sincera, pero en la mente de unos enamorados de la belleza y de lo natural. Lo buscan y ahí lo encuentran cerca de ellos, de su familia, de sus parejas y en ellos.

La tendencia actual a lo fotografiado necesita de las palabras de los mejores fotógrafos de la larga historia de la imagen fija. Una cámara oscura que nace de la luz y consigue cambiar la realidad del tiempo debe ser atendida por todo amante de la práctica fotográfica para disfrutar de su verdadera esencia. Debemos conocer a nuestros antecedentes y compararlos si en el estudio de éstos buscamos conseguir mejorar como profesionales y practicantes de este arte tan lleno de posibilidades creativas.

Escribía Eduardo Galeano, “Las únicas palabras que merecen existir son las palabras mejores que el silencio” (Galeano, E. 2013), que nos las regala para entender dónde adquiere importancia la fotografía, en su mudez, en su desnudez y en su sensualidad natural que llena todos los espacios donde se realizan las tomas.

Estos artistas buscan en el primer plano las texturas, lo táctil, lo natural de los objetos o la naturaleza de lo íntimo. En ocasiones se retiran con el peso del gran formato para ampliar el espacio e integrar el desnudo entre lo cotidiano.

Weston inicia la serie con una metáfora física del nacimiento humano, para la mujer. Una imagen surrealista más propia de otros autores pero válida y en consonancia con la muestra que nos han preparado en este catálogo. Imágenes predispuestas para entender la conexión entre estos dos autores norteamericanos. Su antecedente, compañero, e ídolo, Ansel Adams le enseña como con un gran formato se consiguen imágenes más claras y detalles sutiles. Perfecto para captar texturas y una amplia escala de grises, exposiciones lentas

en la intención de los fotógrafos que buscan en las comparaciones de objetos naturales las ideas eróticas.

Callahan se apoya del espacio para componer junto al desnudo de su mujer la imagen. También busca en los primeros planos la abstracción del desnudo, comparaciones con naturaleza muerta que imagina sobre el cuerpo de la modelo, *sobreexposiciones*, doble exposiciones, claroscuros, etc. Un fotógrafo autodidacta muy consciente de una perfecta combinación entre la técnica y la experimentación formal. Imagino que por sus conocimientos en ingeniería. Para Callahan la fotografía fue una manera de vivir, un modo de dar sentido a la vida, y su obra se convierte en una incesante búsqueda para comprender el mundo y a sí mismo. Los retratos a su mujer Eleonor, dan la sensación que el autor no quiere darle la importancia que merece, sino lo que ella puede aportar a la composición final.

Se recomienda al lector, al curioso, la lectura de la introducción de Laura González Flores. Un exordio psicológico a la historia mítica de la desnudez, una *propulsión* de energía para contemplar lo más divino de las imágenes. Un acierto en el título de la presentación (*él, ella, ello*) que rescata de la metodología del psicoanálisis freudiano la necesidad de desbloquear las inhibiciones sociales para que no entren en conflicto con los impulsos inconscientes que llenan de culpabilidad al individuo. Instintos de especie y filtro cultural que encuentra en el arte la salida a la posible neurosis.

En el título se elimina el *Ego*, *él* es la cámara, donde no hay conflicto entre las pulsiones vitales y las reglas culturales. Ese *Yo* está con *Ella* donde comparten esas pulsiones biológicas, principio de placer u objeto de unión para el amor. Dejemos la destrucción, si la hubiere, para el papel, para esa dimensión desconocida de nuestra realidad. Un desplazamiento de nuestros miedos o fobias.

No es trabajo presuntuoso, es una obra llena de elegancia y buen gusto.

Javier Aranda López

Universidad de Málaga